

Robin

Laura Costas  
Marek Delong & Anna Slama  
Sarah Ksieska  
Hannah Regel

She who is eaten death returning (*Nightwood*, Djuna Barnes, 1936) is lying unconscious on her bed, surrounded by a confusion of plants, flowers and birds singing which we cannot see. It is in the midst of this confusion that she introduces herself to us. Asleep, she is the ration of carnivorous flowers in the ravenous jungle that has become her room. Dreaming, she goes into the earth and comes back out of it, back from it, eaten.

She slumbers her way out of the Kingdom through fantasy and reminiscence, exhuming depths where time is wide not long.

The body, still, gives in, is hooked and conquered; the self drops: just an echo, then a shudder. Forces indistinctly vital and fatal traverse matter, tethering moments disorderly on complex temporal axes.

She survives the night: she only took a little while dead before coming back to life dressed to kill, garnished with the unknowable.

“The woman who presents herself to the spectator as a ‘picture’ forever arranged is, for the contemplative mind, the chiefest danger. Sometimes one meets a woman who is a beast turning human.” Beast insofar as she is not human.

She was and is before humans. “Such a woman is the infected carrier of the past: before her the structure of our head and jaws ache—we feel that we could eat her, she who is eaten death returning, for only then do we put our face close to the blood of our forefathers.”

She is before and after nature, above it and below it, arranging herself sometimes as the hypnotising portrait of it, in and through a dream of it, mocking and tripping its one-way wheel of survival and reproduction. Her own particular cycle is one of life and death, night and day, returning—extinction and stolid underlay. An excremental perseverance. A shitstorm.

Ella, que es la muerte devorada que vuelve (*Nightwood*, Djuna Barnes, 1936) está tumbada inconsciente en su cama, rodeada por una confusión de plantas, flores y pájaros invisibles cantando.

En medio de esta confusión ella se nos presenta. Dormida, es la porción de plantas carnívoras dentro de la voraz jungla en la que se ha convertido su habitación. Soñando, ella se adentra en la tierra y sale desde ella, de ella, de vuelta, devorada.

Adormecida recorre el camino de salida de ese Reino a través de fantasías y reminiscencias, exhumando profundidades en las que el tiempo es ancho no largo.

El cuerpo, quieto, se rinde, es enganchado y conquistado; el ser se abandona: solo un eco, un escalofrío. Fuerzas indistintamente vitales y fatales atraviesan la materia, anclado desordenadamente momentos en un complejo eje temporal.

Ella sobrevive a la noche: solo estuvo un rato corto muerta antes de volver a la vida vestida para matar, adornada con lo desconocido.

“La mujer que se presenta ante el espectador como un ‘cuadro’ compuesto para la posteridad es, para la mente contemplativa, el mayor peligro de todos. A veces nos encontramos con una mujer que es una bestia volviéndose humana.” Bestia en tanto que ella no es humana.

Ella fue y es antes que los humanos. “Una mujer así es la infectada, portadora del pasado: al estar ante ella nos duele la estructura de la cabeza y de las mandíbulas; sentimos que podríamos devorarla, a ella, que es la muerte devorada que vuelve, porque solo entonces llegaríamos a acercar nuestro rostro a los labios ensangrentados de nuestros antepasados.”

Ella es antes y después de la naturaleza, sobre ella y debajo, a veces disponiéndose a sí misma como el retrato hipnótico de ella, en y a través de un sueño de ella, burlándose y haciendo tropezar su rueda unidireccional de supervivencia y reproducción. Su ciclo propio y particular es uno de vida y muerte, noche y día, regreso—extinción e impasible subsuelo. Una perseverancia excremental. Un linchamiento.